

SEMANARIO PATRIOTICO.



Jueves 6 de febrero de 1812.

NUM. XCVI. *

DISCURSO

Sobre las instituciones religiosas. (1)

Las instituciones religiosas, que no tuvieron otro origen sino la voluntad de algunos hombres, que por huir

* En el número anterior se puso equivocadamente XCVI en lugar de XCV.

(1) Este discurso se nos ha remitido por uno de los editores del Patriota Americano, que se publica en la Habana, para que lo insertemos en el Semanario. Esta confianza nos honra, y la agradecemos á su autor: y si bien la circunstancia de estar ya impreso en aquel periódico, y su extensión, mayor que la que permiten los límites de nuestro papel, no nos dexan insertarle entero; en obsequio, sin embargo, de la gravedad de la materia y del mérito incontestable de la execucion, creemos que nuestros lectores nos agradecerán los extensos extractos que publicamos en este número y en el siguiente.

á de la persecucion de los sanguinarios hereges, ó de la perversidad de las costumbres, se retiraron á los despoblados, haciendo causa comun, prestándose mutuamente los auxilios posibles, para gozar de la paz que les negaba el comercio del siglo; han llegado á decaer de tal suerte, que no hay hombre de juicio que no desee su reforma. Esta no podrá lograrse sino se manifiestan los males que causan en el orden social.

Sabemos que vamos á grangearnos la enemistad de los interesados, y la de los ignorantes, influida, por no decir seducida por ellos. Nada tememos: la causa de la verdad, de la justicia y de la razon, nunca tembló al frente de la preocupacion.

Mirarémos estas instituciones baxo dos aspectos; el eclesiástico y el civil, haciendo antes una solemne protesta de que nada tenemos contra sus individuos, entre los quales hay buenos y malos.

Quando San Antonio fundó su monasterio en Egipto, San Pacomio en Tabena, San Hilarion en Palestina, San Basilio en el Ponto y en Capadocia, y prescribieron mas reglas que las contenidas en los principios de la moral de Jesucristo, todos los frayles eran aun legos; y nos dice San Gerónimo, que vivian 30 ó 40 juntos en una casa, y que 30 ó 40 de estas formaban un monasterio, que reunia 1200 á 1600 frayles. Varias de estas instituciones fueron aprobadas por los emperadores, con tal que todos los monges estuviesen sugetos á los obispos, quienes tenian baxo su autoridad algunos abades y muchos *deanes* que servian de subalternos.

Doscientos años habian florecido ya las instituciones monásticas, quando San Benito escribió la regla para el monasterio que habia fundado en el monte Casino en

tre Roma y Napoles el año de 528, de la que nacieron hasta 1618, 24 ordenes y congregaciones diferentes que tienen muchas subordinadas. Ya estas congregaciones iban separándose poco á poco de los montes, é internándose en las ciudades, porque tenían muchas mas conveniencias, y se libertaban de las necesidades á que estaban sugetas en los despoblados.

Para no fastidiar con una relacion histórica muy agena de un papel de esta clase, daremos un salto al siglo 11, en cuya época eran aun todos los frayles legos, pues tenían algunos clérigos que les decian misa en sus capillas, ó en las parroquias, segun la voluntad de los obispos. El primer concilio en que se trató de que se ordenasen de sacerdotes, fue tenido en Viena en 1311, en el que se mandó á todos los monges instruidos en el canto y en la lengua latina se ordenasen.

Aumentado excesivamente su número en las ciudades, empezaron á exercer algunas funciones eclesiásticas; pero siempre baxo la autoridad y direccion de los obispos, segun Tomasino *p. 1.º cap. 47. lib. 1.º*. Los concilios de Letran y de Leon son una prueba convincente de esta verdad; y en quanto al número excesivo, Gregorio X. nos dice: „*Religionum diversitatem nimiam, ne confusio- nem induceret, generale concilium consulta prohibitione vetavit: inhibentes ne aliquis de cætero habitum novæ religionis assumat.*” ¿De donde, pues, vendria esta mania de entrar frayle? ¿qué espíritu dirigiria á estos hombres que renunciaban al mundo? ¿seria el espíritu de cristianismo? ¿seria el querer practicar las virtudes cristianas? ¿el libertarse de los tropiezos que ofrecia el mundo? Lo cierto es, que concilios, reyes, papas, obispos, todos, todos prohibieron que entrasen mas frayles. El pueblo no

tiene jamas un frenesi de esta clase, sino se le presentan conocidas ventajas. El espíritu de religion en aquellos tiempos de ignorancia y de barbarie, en que muy pocos sabian la lengua latina para poder decir misa, se reducía á llevar un sayal por comer bien y á recomendar altamente los *patriarcas* y los santos del orden, refiriendo milagros; que sin aprovechar nada, ni poder servir de norma á las costumbres (prescindiendo de su autenticidad) llenaban al público de supersticion y de ignorancia. De aquí nacia una adhesion á ciertas órdenes; de aquí su prosperidad; su aumento; de aquí la mayor parte de las donaciones de fincas, de señorios, de jurisdicciones, de todo lo mejor que hay sobre la tierra. Seducidos los pueblos con el nombre de santidad y con un falso espíritu que anima á estas gentes, eran sacrificados sin conocerlo, y aun daban gracias de que los despegasen.

Ya vemos que desde esos tiempos eran esas instituciones perjudiciales; pues solo se reducian á sacar, con el menos trabajo posible ó con maña, el sustento que debia convertirse en sustancia de los mas pobres del estado. Pero aun mas notable fué la relaxacion en el siglo XIV. Los abades, como los demas prelados, vivian como unos grandes señores, y su exemplo fué seguido prontamente por todos los que tenian algun cargo en los monasterios; resultando de esto los oficios claustrales ó *beneficios regulares*, origen de la relaxacion de la disciplina eclesiástica. Mas no se crea que quienes dieron estos pasos, segun dice muy bien Duran, fueron los que aun se conservaban baxo la autoridad de los ordinarios. Los exentos de esta jurisdiccion fueron los que mas se distinguieron en los desórdenes de aquel siglo, y los que

dieron lugar á que se reclamase la execucion del concilio Lateranense. Y no podia menos de ser asi. Gentes de todas clases se empeñaban á porfia en engrosar de todas maneras las rentas de estos monasterios. Heredaban señorios, que la supersticion consagraba al luxo de los que habian hecho voto de pobreza; y la ignorancia del derecho eclesiástico, ó su corrupcion, con las falsas decretales, canonizaban este desorden y la misma ambicion de los que renunciaron, quando Dios queria, todo lo terreno. Estos desórdenes, que debian escandalizar á todo hombre sensato, y á todo eclesiástico que tuviere nociones del verdadero espíritu de la iglesia, produxeron la reforma parcial que se hizo en España á fines del siglo XV.; reforma que aunque quitó algunos abusos y contuvo en parte la ambicion, dexó en pie otros que, por la escasez de luces, no se miraban como tales.

El clero secular participó de esta corrupcion. Ignorante en sumo grado, veia á sangre fria que los frayles exerciesen las facultades que á ellos les competian; y descansando en los que algun dia querrian ser sus competidores, vivian en el ocio y en el deleyte, quando poco antes eran los mas laboriosos en la viña del Señor. De esta suerte perjudicaron las instituciones monásticas á la disciplina, dando el exemplo de ambicion á los seculares, y haciendo que se relaxasen los cánones mas terminantes de los concilios.

Este espíritu de ambicion produjo los privilegios ó exenciones, que contra todas las reglas de una buena política aun subsisten. Indaguemos su origen y los motivos que ha habido para sostenerlas.

No habrá hombre, por iluso que sea, que niegue la autoridad de los obispos sobre todo género de personas

dentro de los límites de su diócesis. El canon 11. caus. 11. q. 3. declara digno de *infamia* y de *excomunion* á todo fiel cristiano que se substrayga de ella, por alta que sea la gerarquía á que pertenezca. Esta doctrina la han enseñado los hombres mas ilustrados; y para desvanecer qualquiera duda que suscitase el interes privado, el concilio de Vernon expresamente declara (canon 3.) que *todo obispo tiene potestad sobre el clero, asi secular como regular de su diócesis*, para corregir sus malas costumbres, *conforme á las reglas y espíritu de los cánones*. Lo mismo se previene en el canon 10. 16. q. 7 *omne Basilicæ &c.* Varias otras autoridades pudiéramos citar para probar que toda exención es contraria al espíritu de la iglesia; pero la sola razon basta para demostrar una opinion, cuya justicia ó exâctitud reconoce todo hombre sensato.

Ningun cuerpo puede gobernarse bien con dos cabezas, frecuentemente animadas de intereses opuestos; y es evidente que si estas no estan acordes, menos lo estarán sus miembros; de cuyo desconcierto y desorganizacion debe necesariamente seguirse la ruina total de la máquina.

Si aplicamos estos principios al cuerpo político de la iglesia, hallaremos que de la division de jurisdicciones han nacido los escándalos que tanto la afligen; la relaxacion del clero, asi regular como secular; los privilegios concedidos por los papas, que nunca han tenido la facultad sin consulta de los obispos, y confirmados por la debilidad de los principes, dominados por sus confesores; los cismas innumerables y apostasias que han desgarrado á la iglesia y hecho padecer tanto á la humanidad en las guerras sangrientas que han suscitado.

Penetrados, pues, de estos males algunos santos *patriarcas* é institutores de órdenes monásticas, queriéndolos evitar, pusieron el dique principal que fué prohibir toda pretension á privilegios. El piadoso y elocuente San Bernardo, en una carta al obispo de *Sens*, „admirome (dice) al ver la odiosa porfia con que algunos de nuestros abades quebrantan esta regla de humildad; y lo que es peor, que quando ellos no permitieran que sus súbditos se apartasen un punto siquiera de sus preceptos, ellos baxo la humildad del hábito y de la tonsura, sean tan arrogantes y soberbios que tengan á menos obedecer á sus propios obispos.” El humilde San Francisco previendo la facilidad con que los hombres mas sinceros en su virtud decaen de ella, y se relaxan, entregándose á los vicios opuestos; y conociendo quán perniciosa seria á la sociedad y á la iglesia la relaxacion de su orden, encarga á sus discípulos en los términos mas vehementes, que: „esten donde estuvieren, jamas por pretexto alguno, *osen* pedir en la curia romana bulas de exención.” Léase por fin el discurso sobre la historia eclesiástica del inmortal Fleuri y se conocerán todos los males que han producido estos privilegios y los fútiles apoyos sobre que se han querido sostener. Pero la debilidad por un lado, y la influencia de los interesados por otro, han logrado perpetuar abusos que tanto llora la iglesia, y que reprueba todo hombre dotado de razon.

Los ultramontanos, dice un sabio austr, miran al papa como al ordinario de los ordinarios, y equivocadamente le atribuyen el derecho de substraer las iglesias y los monasterios de la jurisdiccion de los obispos, haciendo que dependan inmediatamente de la santa sede, considerando al pontífice romano como ordinario de los

exêntos; y así introduxeron dos obispos en una misma iglesia, monstruo tan chocante en el orden gerárquico, como lo seria en el natural un cuerpo humano con dos cabezas. Tal era el juicio que formaba de este desorden el concilio Lateranense habido en tiempo de Inocencio III; y si en el siglo VII, siglo de ignorancia y de barbarie, los papas substraxeron frecuentemente los monasterios de la jurisdiccion ordinaria, nunca se atrevieron á hacerlo sin el consentimiento de los obispos. Mas en lo sucesivo, prevalidos de la supremacía de su pontificado, creyeron poderse dispensar de esta ceremonia, y vendian libremente las exênciones. *Vendianlas*, decimos, porque hallamos en Ricardo de Cantorbery estas notables expresiones en boca de un abad. „*Viles sunt abbates et miseri qui potestatem episcoporum prorsus non exterminant, cum pro annua uncia auri plenam libertatem á sede romana possint assequi.*” „Son unos viles y miserables los abades que no exterminan totalmente la potestad de los obispos, pudiéndolo conseguir de la silla romana con solo una onza de oro anual.” ¿Y serán ponderables los perjuicios que de este desorden han resultado á la recta disciplina eclesiástica y á la moral de los imperios?

Aléguese en hora buena, que muchos obispos en sus mismas diócesis concedian tales exênciones, y que por ser tan numerosas se formó una regla general para todos los regulares. Dígase tambien que los mismos obispos han tenido la culpa, que los reyes han sancionado esta substraccion; que el concilio mismo de Trento las ha aprobado y moderado: pero no por eso será menos cierto, que si los obispos enagenaron esa jurisdiccion *de hecho*, no podian hacerlo de derecho: pues si un juez ordinario no tiene facultad para enagenar la que le ha ofrecido la

ley; menos lo podrá el que la tiene de misión divina. En quanto á los reyes, ya se vé que ellos han hecho lo que mas les ha convenido;.... y por lo que toca al concilio de Trento, podríanse mostrar documentos irrefragables que seguramente harían poco honor á las comunidades.

Del principio é injusticia de las exenciones, pasemos ahora á los perjuicios que ha ocasionado á la iglesia la desmembracion de los ministerios.

Nada hay tan contrario al orden y á la razon, ni tan destructivo de la tranquilidad de las repúblicas, como la distincion de fueros, y el espíritu de cuerpo, efecto necesario de ella. Las guerras civiles que han asolado los imperios, y substituido á las dulzuras de la paz los horrores de la anarquía, pueden casi todas atribuirse á este fatal espíritu. Díganlo sinó la Italia, Alemania, Francia, España, todas las naciones que han abrigado en su seno distintas corporaciones, y dígalo por fin la iglesia al ver los perniciosos efectos que en ella han producido. ¿Podrá darse en efecto cosa mas contraria al espíritu de caridad universal, que los continuos esfuerzos que hacen los individuos de dichas corporaciones por engrosar su número, y ensalzar su gloria particular sobre la de las demás corporaciones sus competidoras? ¿Podrá darse cosa mas indigna de la sublimidad del cristianismo, que los medios de que se valen para captar en su favor la admiracion del pueblo? ¿No agotan los milagros obscuros, contenidos en sus santorales, para empapar las imaginations de los fieles, en vez de insistir en desplegar á su vista los irresistibles encantos de la moral de J. C? ¿No es un dolor ver á los fieles imbuidos de patrañas ridículas, hacer ménos caso de la doctrina de un Dios hombre, que de las embaucadoras consejas de un visionario?

Lastimada la iglesia de estos desórdenes, repetidas veces ha mandado que solo se prediquen los dogmas y la moral cristiana, relegando á los noviciados esas narraciones de milagros, cuya autenticidad, generalmente hablando, sólo tiene por base la ignorancia de los primeros que los creyeron. Por eso el concilio de Tréto, viendo el espíritu de superstición y de fanatismo que se apodera de los fieles, quando en vez de ilustrarlos sobre sus deberes, como cristianos y buenos ciudadanos, se les cebaba la curiosidad con cuentos milagrosos, estableció la mas sabia doctrina con respecto á los milagros. *Nulla enim admitenda nova miracula &c.*

A estos desórdenes se añade el que los fieles carecen de la necesaria abundancia del legítimo pasto espiritual. Pues si los párrocos que son los que tienen la misión divina para ejercer el ministerio pastoral, y distribuir la salud á los fieles, se hallasen en número suficiente para desempeñar solos sus deberes, no descansarían sobre el clero regular, que no teniendo la misma obligacion que aquellos, poco cuidan del resultado. Por lo que la iglesia, en las actuales circunstancias, nos presenta la imagen de una casa en que habiendo un número indefinido de criados, primeros, segundos, terceros &c. los primeros no sirven porque descansan en los segundos: los segundos dicen que es obligacion de los primeros; y los terceros están ociosos porque no los llama el amo. Asi que, viene de pelo aquello *muchos criados y la casa sin barrer*. Ya se deka ver que esto no comprende á algunos pocos, y muy pocos religiosos, cuya laboriosidad en la viña del señor es realmente digna de la mayor alabanza; aquí solo indicamos lo malo de las instituciones

monásticas, para que se ponga remedio. Su panegírico por haber conservado en la obscuridad de sus asilos el precioso depósito de las ciencias, en medio de las devastadoras invasiones de los bárbaros, ocupará algún día nuestra atención, y animará quizá nuestra débil pluma. *Se concluirá.*

CORTES.

Observaciones sobre las sesiones desde el 2 de enero.

En la sesión de este día nombró el señor presidente á los señores Gallego, Giraldo, Polo y Vega, para la comisión, aprobada el día anterior, que ha de proponer al congreso las medidas que convenga tomar para organizar el gobierno, á fin de asegurar un buen resultado. De esta manera los debates acalorados, que hubieran podido retrasar la conclusion del grande objeto de la reunion de las cortes, han contribuido para acelerarla.

En seguida se pasó á discutir, por estar señalado para hoy, el proyecto presentado por el señor Vega para mejorar el sistema del gobierno.

La comisión nombrada para exâminar este proyecto, juzgaba prudente y arreglado y como preliminar á su informe la propuesta del señor Torrero, de que el número de consejeros de estado se limitase por ahora á veinte, dos eclesiásticos, dos grandes, y los diez y seis de los que hubiesen servido en las carreras diplomática, militar, económica ó de magistratura: de ellos, seis, quando menos,

de las provincias de ultramar.

Pasa despues la comision á clasificar el reglamento adicional, dividiéndolo en tres capítulos: en el primero trata de las obligaciones y facultades de la regencia; en el segundo del modo con que la regencia debe acordar sus providencias con el consejo de estado y secretarios del despacho, y de la junta que deben estos formar entre sí; y en el tercero de la responsabilidad de la regencia y de los secretarios del despacho.

El punto preliminar se aprobó despues de alguna discusion, en la qual se contestó á los que opinaban que desde luego se debia nombrar el número completo de consejeros de estado que proponia la constitucion, y á los que no se conformaban con que la reduccion se extendiese á las provincias de ultramar.

El capítulo primero de este reglamento adicional puede decirse que se aprobó sin discusion, pues la que hubo sobre el artículo tercero, fué por una cláusula anticipada, que se dexó para lugar mas oportuno, en la qual se prevenia que la regencia, para expedir los decretos, reglamentos é instrucciones que fuesen conducentes á la execucion de las leyes, hubiese antes de vir al consejo de estado y junta de secretarios del despacho.

El artículo quinto, que autoriza á la regencia para hacer tratados de paz, alianza, comercio, subsidios, &c. oyendo al consejo de estado y junta de secretarios, y quedando la ratificacion á las cortes ó á su diputacion, fué el único que causó alguna detencion, porque querian unos señores diputados ampliar y otros limitar mas, en esta parte, las facultades de la regencia, de las cortes ó de su diputacion. Por último se aprobó el artículo suprimiendo por ahora la condicion de que la regencia

hubiese de consultar á la junta de secretarios del despacho, hasta que se determine si ha de haber ó no esta junta, y sus atribuciones; y suprimiendo tambien la cláusula de que la diputacion de cortes hubiese de ratificar estos tratados, hasta que se fixen las atribuciones de la diputacion.

Como la regencia del reyno en estas circunstancias, si ya no interina, es por lo menos, extraordinaria, y para un estado tan extraordinario como el nuestro; sus facultades son tambien extraordinarias, y dependientes de las circunstancias.

Los demas artículos del capítulo primero se aprobaron casi sin discusion, y sin alteracion notable.

Tratando este capítulo de las atribuciones y facultades de la regencia, con sugesion á los artículos de la constitucion ya aprobados, le atribuye la execucion de la constitucion y de las leyes; la conservacion del orden público interior, y la proteccion de la libertad individual; la publicacion de las leyes y decretos de las cortes, y la expedicion de los decretos, reglamentos é instrucciones que sean conducentes para su execucion; la pronta y cumplida administracion de justicia; la facultad de hacer tratados de paz, alianza, comercio, subsidios &c. quedando su ratificacion á las cortes; la exposicion á estas de los motivos que tenga para hacer la guerra á alguna potencia, y con su aprobacion la facultad de declararla solemnemente; el nombramiento de todos los magistrados civiles y criminales, á propuesta del consejo de estado; provision de todos los empleos civiles y militares; la presentacion para todos los obispados, dignidades y beneficios eclesiásticos de real patronato, á propuesta del mismo consejo; el nombramiento de generales de mar y tier-

ra; con tal que ningún individuo de la regencia mande por sí fuerza armada de una ú otra clase; la disposicion y distribucion mas conveniente de la fuerza armada; la direccion de las relaciones diplomáticas y comerciales con las demas potencias; el libre nombramiento y separacion de embaxadores, ministros y cónsules; la fabricacion de la moneda; la recaudacion de las rentas del estado; la inversion de los fondos destinados á cada ramo, con arreglo á los presupuestos de gastos; la propuesta á las cortes, oído el dictamen del consejo de estado, de las leyes ó reformas que crea conducentes al bien de la nacion; el libre nombramiento y separacion de los secretarios del despacho; la expedicion de todas las órdenes y auxilios que la diputacion de cortes crea convenientes para la reunion de estas, declarando traidores á los regentes, y á los que los aconsejaren ó auxiliaren en qualquiera tentativa, dirigida á diferir esta reunion, ó á embarazar de algun modo sus sesiones y deliberaciones; y en fin la autorizacion de la regencia para que decreta el arresto de alguna persona, en el único caso de que el bien y seguridad del estado lo exijan, entregándola dentro de quarenta y ocho horas á disposicion del juez competente. A estas facultades quedan ceñidas las de la regencia; pues si en señalada ocasion, y por particulares motivos y circunstancias conviniese ampliarlas, las cortes lo harán en el modo que crean conveniente.

Se continuará.



NOTICIAS.

El virrey de las provincias del Rio de la Plata, deseoso de justificar la conducta que ha observado con los buques ingleses en el bloqueo de Buenos-Ayres, ha publicado en la gaceta de Montevideo (de 18 de setiembre) toda la correspondencia que sobre este asunto habia seguido con el almirante británico Decourcy. Ya que los dos gobiernos estan intimamente persuadidos de la necesidad de proceder de acuerdo y con la mejor armonia en negocio de tanta transcendencia, conviene que esten bien enterados de los procedimientos de sus respectivos agentes, á fin de que ninguno de xé de arreglarse á las sabias ordenes que se le hayan comunicado. Con solo este fin copiamos los siguientes oficios:

Excmo. Señor. — Tributando un profundo homenaje á S. M. C., y movido por sentimientos de la mayor voluntad hácia el pueblo español tengo el honor, como vicealmirante de S. M. B., y como comandante en gefe de sus fuerzas navales en la América del Sur, de saludar la bandera de Montevideo, y me contemplaré muy dichoso si V. E. al recibir esta muestra de mi caracter oficial, me informa que las desavenencias, que por tan largo tiempo han reynado en el Rio de la Plata, han cesado ya: mas dichoso aun si puedo asegurar su entera conversion á la armonia.

Los principios que me dirigen, emanan de S. A. R. el príncipe regente de la Gran-Bretaña, que en nombre, y con consentimiento de S. M. B. ha autorizado á su ministro en Cadiz para tratar acerca de las relaciones entre

España y sus colonias, y que ha dado las órdenes mas positivas á los oficiales, que mandan las fuerzas navales de S. M. en estos mares, para que impidan (como hasta aquí) todo tráfico de armas é artículos prohibidos de guerra entre los mercantes ingleses, y los habitantes de la América del Sur.

Pendiente una discusion de tanto interes, y hasta que se asegure su resultado, S. A. R. miraria la continuacion del bloqueo marítimo de Buenos-Ayres como un sistema injurioso á los vasallos de S. M.; ni querrá S. A. R. consentir sufra ninguna molestia su comercio, hecho de un modo ordinario, y de artículos inocentes.

Si S. A. R. prohibiese toda amistosa comunicacion entre los vasallos de S. M. y aquel pueblo, el gabinete ingles podria considerarse que tomaba parte en la guerra entre España y sus colonias: decision incompatible con el caracter de mediacion, con que se presenta el gobierno de S. M. por disposicion de S. A.; en este caso los españoles americanos mirarian á los ingleses como enemigos secretos, y podrian recurrir por socorros al enemigo comun.

¿ Necesito yo acordar á V. E. que el comercio es la fuente de donde la Gran-Bretaña ha sacado los medios que tiene de ayudar la España contra las hostilidades de la Francia? Puede ser que el armamento, que ahora esté empleado en el bloqueo de Buenos-Ayres, se haya equipado en parte por las rentas que se derivan de él; y podrá tal armamento obrar contra los medios mismos á que debè su fuerza?

Pero me abstendré de insistir en un asunto tan claro con argumentos superfluos. V. E. debe conocer quanto yo pueda decirle. No me queda, pues, mas que pedir á

V. E. me asegure que, hasta que se haga público el efecto de la mediacion inglesa en Cadiz, no se injuriarán, ni se detendrán por los buques de S. M. C. los vasallos de S. M. B. que comercian en el rio de la Plata.

Asi será yo el que tenga que dar tan satisfactoria noticia á S. A. R. el príncipe regente de la Gran-Bretaña; y asi tendré yo un verdadero placer en repetirme de V. E.

A bordo &c. 5 de setiembre &c.—*M. de Courcy.*—

Contestacion.

Excmo. Señor.—Por la carta de V. E. fecha de ayer me he enterado con gran satisfaccion de su llegada á este rio, y de los sentimientos de homenaje, con que saluda el pabellon español, que tengo la honra de sustentar como virrey de estas provincias en nombre de S. M. C. el señor Don Fernando séptimo, no siendo menos grata y constante mi correspondencia ácia S. M. el rey de la Gran-Bretaña, á quien tan dignamente representa V. E. en estas aguas.—Para poder contestar á V. E. sobre los demas puntos, que abraza su citada carta, me precisa preguntarle si trae consigo alguna orden credencial de la regencia que en nombre del señor Don Fernando séptimo dirige el poder executivo de España é Indias, con cuya autorizacion gobierno yo estos dominios, y sin la que faltaria á mi deber, si entrase á tratar ó convenir con V. E. cosa alguna en materias tan trascendentales.—V. E. aparece (sino he comprendido mal el sentido de su carta) como un mediador entre los intereses de la España y de la nacion británica en estos paises; pero debe conocer que es indispensable para esto esté revestido de los poderes de ambas potencias: si V. E. carece de los del gobierno español, yo me haria reo en

tratar, y responder de mis operaciones, y del cumplimiento de lo mas sagrado de las leyes con otra persona, ó autoridad, que la del gobierno que en nombre de mi cautivo rey manda aquellos y estos dominios: mas si V. E. viene autorizado para ello por su gobierno, yo tendré la mayor satisfaccion en coadyuvar á la paz y tranquilidad y á que prosperen los comercios, español é ingles, como he procurado hacerlo por todos los medios que han estado en mi arbitrio; y que espero se verán en breve realizadas mis intenciones á favor de una y otra nación, quedando la España triunfante allá, y libre del cruel enemigo que ha procurado esclavizarla, y aquí de la caterva de revoltosos, que prevaliéndose de la enfermedad de la madre patria han querido abandonarla en sus mayores conflictos.—Dios guarde á V. E. muchos años. Montevideo 6 de setiembre de 1811.—Excmo. Sr.—*Xavier Elío*.—Excmo. Sr. vice-almirante M. de Courcy.

Segundo oficio del Vice-Almirante.

Excmo. Señor.—Ya muy tarde anoche tuve el honor de recibir la que V. E. me dirigió en contestacion á la mia del dia anterior, y he tenido la mortificacion de advertir, que, ó por alguna obscuridad en mis expresiones, ó por falta de exâctitud en la traduccion, ha equivocado V. E. del todo mi verdadera representacion oficial.

Yo no me presento con el caracter de mediador, ni se me debe mirar baxo un aspecto político: he entrado en el rio de la Plata como un mero oficial de la marina británica, que executa las órdenes de su príncipe, y con propósito decidido de impedir toda detención de los vasos comerciantes de S. M. B., y su bandera de toda humillacion; y concebí que el medio para conseguir estos

finés, mas satisfactorio para S. A. R. y mas decoroso para V. E. dependeria de las instrucciones que V. E. con este motivo daria á los oficiales, que mandan los buques de S. M. C. y aun todavia confio que V. E. tomará las medidas que el caso requiere.

Participaba á V. E. que el príncipe regente de la Gran-Bretaña, á nombre y de acuerdo con S. M. habia autorizado su ministro en Cádiz, para mediar entre España y sus colonias de la América del Sur: y añadía que S. A. R. no dexaria de mirar el continuado bloqueo de Buenos-Ayres (especialmente durante la existencia de la mediacion) como un sistema injurioso, quasi exclusivamente á los vasallos concernientes á S. M.

Los habitantes de Buenos-Ayres no pueden ser poderosos en la guerra porque compren paños y cotonías inglesas, ó qualquiera otro artículo permitido é inocente, en que consiste su comercio, ni por ello pueden obstinarse contra su madre patria.

S. A. R. el príncipe regente de la Gran-Bretaña ha prohibido absolutamente todo comercio de artículos de contrabando de guerra entre los vasallos de S. M. y los habitantes de la América del Sur; pero yo no tengo autoridad para reconocer directa ni indirectamente qualquier forma de gobierno que los ultimos hayan adoptado; ni tampoco debo yo juzgarlos: obro como oficial inglés; vindicando el honor de la bandera de mi soberano, y protegiendo el comercio de sus vasallos.

Renuevo mi peticion de que V. E. dé las ordenes convenientes, para evitar que los buques de S. M. C. interrompan ó detengan los comerciantes vasallos de S. M. B.

A quien como V. E. respira lealtad, y aprecia debi-

damente la obediencia militar, apenas es necesario hacerle observar, que las órdenes que he recibido de S. A. R. el príncipe regente de la Gran-Bretaña deben ser obedecidas. Tengo el honor de ser de V. E. con la mas alta consideracion.—Excmo. Señor.—Humilde servidor al A bordo &c. 7 de setiembre &c.—*M. de Courcy.*

Contestacion.

Excmo. Señor.—En contestacion al oficio de V. E. que tuve la honra de recibir ayer, reproduzco quanto dixé en el mio de fecha del 6, reducido á preguntar á V. E. si viene autorizado por el gobierno español, para tratar sobre los interesantes objetos de que habla en sus oficios; sin cuya circunstancia V. E. debe comprender que no me es posible entrar en contestacion sobre ellos.—Permítame V. E. le diga, que aun quando me sobran razones para rebatir con gran ventaja en las cuestiones que suscita en sus citados oficios, me limitaré siempre á repetirle que semejantes materias deben discutirse de gabinete á gabinete; y V. E. de su gobierno, y yo del mio debemos recibir el reglamento de nuestra conducta. Qualquiera otra discusion, que no venga por estos precisos conductos, sobre ser infructuosa, no podrá ocasionar sino tropiezos, que V. E. y yo debemos evitar.—Son muy respetables, Sr. Excmo, las leyes de los gobiernos para quererlas atropellar sin grandisimos motivos, y yo no quisiera ser jamas delincuente en materia de tanta consideracion.—Dios guarde á V. E. muchos años.—Montevideo 8 de setiembre de 1811.—Excmo. Sr.—*Xavier Elko.*—Excmo. Sr. Vice-Almirante *M. de Courcy.*

Excmo. Sr. Vice-Almirante M. de Courcy.

Tercer oficio del Vice-Almirante.

Excmo. Señor.—La carta de V. E. fecha de ayer,

en qué expresa deseos de saber si he recibido alguna autorizacion del gobierno español para tratar sobre los puntos de que trata la mia del 5, acaba de llegar á mis manos; y no me detengo para contestar que no tengo ninguna autorizacion. Yo no me mezclo en ningunas medidas de España, sino en quanto afectan los intereses de Inglaterra en el rio de la Plata. S. A. R. el príncipe regente de la Gran-Bretaña ha mandado que el comercio ordinario y de artículos inocentes de los vasallos de S. M. sea protegido. No se pide á V. E. su salvaguardia, pero sí se espera que no hallará detencion por los buques que estan á las órdenes de V. E.

El príncipe regente de la Gran-Bretaña repeta al soberano de España, y desaprueba el tráfico de los artículos de contrabando de guerra entre los vasallos de S. M. B. y los habitantes de la América española.

Yo estimo mucho á V. E., y amo los españoles; pero no merecen alguna atencion los intereses de la Gran-Bretaña? Es mi deber velar sobre ellos.

Si los buques del universo, exceptuados los que pertenecen á los vasallos de S. M. B. se excluyen de la Plata, no me mezclo en ello: solo pretendo la navegacion libre de los últimos. El alto respeto que tengo á V. E. me impide el detenerme sobre la gran responsabilidad de arriesgar la desunion entre una porcion de los respectivos vasallos de SS. MM. británica y católica.

Las órdenes de mi príncipe deben obedecerse. Hasta ahora no he dado ningunas instrucciones á los buques que componen mi esquadron. Aguardo la decision de V. E. Deben adoptarse algunas medidas.

Me despido con la mayor consideracion. Tengo el honor de ser &c.—Excmo. Señor. M. de Courcy.—Exce-

lentísimo Señor D. Xavier Elio, Virrey &c. &c.

Contestacion.

Excmo. Sr.—Por la carta de V. E. fecha de ayer, que tengo el honor de recibir hoy por la mañana, quedo informado de que no tiene autorizacion alguna del gobierno español para tratar conmigo de un negocio, en el que nada menos exige V. E. que el quebrantamiento de las leyes de Indias, sostenidas hasta ahora por la nacion en toda su fuerza: V. E. quiere ademas que yo falte á las órdenes de mi corte; y siendo esto incompatible con mi empleo, me es forzoso reproducir á V. E. quanto he tenido la honra de decirle en todas mis anteriores; á saber, que no puedo tratar sobre estas materias.

El establecimiento del bloqueo de los puertos sugeridos á lo revolucionaria junta de Buenos-Ayres por los buques de S. M. B. existe mas de un año ha. El gobierno británico y el español lo saben oficialmente; en ambos reina la mas estrecha y feliz union, y quando aquel no ha exigido del español una deliberacion, que haga cambiar este justo sistema, es una prueba clara de que no ha habido razones para ello; asi es que el consejo de regencia, que me dá órdenes con fecha de fines de junio último, no me manda innovar cosa alguna en mi sistema: en cuya virtud no puedo variar mis providencias.—V. E. tuvo el mes de noviembre del año pasado iguales pretensiones, y no se estimaron arregladas: las causas subsisten; así que, los medios de defenderlas deben ser constantes.—El oficio de V. E. está concebido en términos oscuros; y yo quisiera me aclarase qué quieren decir las expresiones „las órdenes de mi príncipe deben obedecerse; aguardo la decision de V. E. y deben resultar algu-

nas medidas." ¿Esta es, ó no, una amenaza? Las órdenes del príncipe soberano de la Gran-Bretaña las debe V. E. obedecer; pero yo debo obedecer las del mio; me precio de saberlas sustentar; y en este concepto, seguro de que V. E. jamas obtendrá de mí otra respuesta, V. E. mismo será responsable de esas medidas, que piensa tomar.—Montevideo 11 de setiembre de 1811.—Tengo el honor de ser con la mayor consideracion de V. E.—Excmo. Señor—Xavier Elío—Excmo. Señor Vice-almirante M. de Courcy.

Quarto oficio del Vice-Almirante.

Excmo. Sr.—Con la mejor voluntad y sin la menor reserva contesto á las preguntas que V. E. se sirve hacerme en la carta que me dirigió ayer.

Me pregunta V. E. ¿qué motivo puede haber para abandonar un bloqueo de que tienen noticia oficial los gobiernos de Inglaterra y España, y cuya revocacion ninguno de los dos ha exívido?—Respondo, que el ministro ingles en Cadiz ha recibido ultimamente instrucciones del príncipe regente en nombre y con anuencia del rey para mediar entre España y sus colonias, y que hasta que el resultado de la propuesta mediacion se sepa, el gobierno ingles no consentirá la interrupcion de una amistosa correspondencia comercial entre los vasallos de S. M. y los habitantes de la América española.

Hasta aquí las circunstancias han variado, y es necesario añadir que, quando en noviembre del año pasado intimé al general Vigodet que yo no podia sancionar la detencion de los buques ingleses en el rio de la Plata, obraba en beneficio del gobierno británico, pero no á consecuencia de órdenes expresas.

Quando V. E. llegó como virrey, ví la cosa baxo otro aspecto. No habia creído necesario ceder á un gobernador de Montevideo, á lo que sin dificultad condescendí con un virrey de la provincia.

A la insinuacion sobre qué medidas tomaré al saber su determinacion; respondo, que como el gobierno ingles no consentirá que se interrumpa la comunicacion con la América española hasta que se sepa el resultado de su mediacion (medida necesaria para hacer posible, y aun practicable sus amistosos oficios) toda tentativa para interrumpirla debe resistirse por los buques de S. M. Ninguno

na amenaza hay en esto; pero yo puedo sentir infinito las consecuencias que pudieran seguirse.

Como V. E. dice que el gobierno español sanciona el bloqueo marítimo de Buenos-Ayres, dexo de pedir su abandono; pero espero que V. E. hará que se suspenda (á lo menos por lo que respecta á los intereses ingleses) hasta que se sepa el resultado de la mediacion en Cadiz.

Tengo el honor &c.—*M. de Courcy.*

Contestacion.

Excmo. Sr.—Tengo la honra de acusar á V. E. el recibo de su carta fecha de ayer, á que contesto remitiéndome enteramente á lo que en mis anteriores tengo dicho repetidas veces á V. E.—Si no está en mi deber el alzamiento del bloqueo de los puertos sujetos á la junta de Buenos-Ayres, lo está el causar las menos extorsiones posibles á los individuos y propiedades inglesas: algunos barcos ha sido preciso detener por algun tiempo, pero hasta ahora no se les ha secuestrado por mí el importe de un real, y eso que los individuos comerciantes ingleses han causado grandes males á la legítima causa española vendiendo buques y botes á la junta, que actualmente estan hostilizando las armas del rey de España.—Desde mi ingreso al mando que ejerzo, he dado pruebas á la América, y al mundo entero, que nada apetezco mas que la paz, y la prosperidad de los habitantes de este territorio: actualmente estoy negociando á este fin, siguiendo los sentimientos de mi corazon, y las miras benéficas y paternales del gobierno español: sino se logran por este medio, esté V. E. tan seguro de que consiste en la ambicion y maldades de los facciosos, como de que la España triunfante del enemigo comun, no permitirá queden la razon y la virtud esclavas de la ambicion é inmoralidad.—De todos modos V. E. debe estar seguro que emplearé con respecto á los individuos é intereses pertenecientes á la generosa nacion inglesa todas quantas consideraciones me sean posibles, como lo hé executado hasta ahora.—Dios guarde á V. E. muchos años.—Montevideo 13 de setiembre de 1811.—Excmo. Sr.—*Xavier Elío.*—Excmo. Sr. *M. de Courcy.*

CADIZ: EN LA IMPRENTA TORMENTARIA. 1812.